

respecto a la generación de las plantas y a ciertas interpretaciones equivocadas de tal problema, que éstas se debían a que juzgaban el asunto *par leurs yeux, les plus infidèles de tous les témoins* ¹¹⁹.

Por otra parte, esta actitud de admisión de la heterogeneidad de las cosas, de su experiencia de lo viviente como algo muy variado, susceptible teóricamente de unificación en ciertos aspectos, pero no de uniformización, le permite que, en su estudio sobre las sociedades y sobre el mundo político, la variación y la perturbación no sólo no están eliminadas, sino que, como ya mostró Raymond Aron ¹²⁰, constituyen el eje necesario para un equilibrio social que no arrumbe la libertad individual. «... y, por regla general —escribe en su libro sobre los romanos— siempre que en un Estado que lleva el nombre de República reine tranquilidad absoluta, puede asegurarse que la libertad no existe allí (...) Puede existir la unión en un Estado en que no parece haber sino tumultos... (...) Ocurre lo mismo que las partes del universo, que están eternamente unidas por la acción de unas y la reacción de otras» ¹²¹.

En definitiva, Montesquieu, como gran parte de sus contemporáneos, es consciente de que, aunque en el conocimiento vulgar los hechos se transforman en razones, en la investigación científica ningún hecho está desligado de interpretación y elaboración. «El método de los hechos —escribe en 1746 el padre Castel—, pleno de autoridad y de imperio, se arroga un aire de divinidad que tiraniza a nuestra confianza y se impone a nuestra razón. Un hombre que razona... me considera un hombre; yo razono con él; me otorga libertad de juicio y no me obliga sino por mi propia razón. Aquel que grita: he ahí un hecho, me considera un esclavo» ¹²².

El método de Montesquieu

Con independencia de las motivaciones que llevan al jesuita a formular esta excelente diatriba, parece evidente que, a medida que avanza el siglo ilustrado, es mayor el número de pensadores que reivindica una visión de conjunto que —rectificando en parte la tajante condena de los «sistemas» propios del siglo XVII— organice la masa amorfa de los hechos ¹²³. Y Montesquieu no es ajeno a esta evolución, máxime cuando nunca ha perdido de vista la necesidad de unos principios que organicen la multiplicidad de la experiencia: «Pero cuando descubrí mis principios, todo lo que

¹¹⁹ *Essai d'observations sur l'histoire naturelle*. Ed. A. Masson. Nagel, III, pág. 109.

¹²⁰ ARON, R.: *Las etapas del pensamiento sociológico*, s. XX, págs. 35-36, Buenos Aires, 1970.

¹²¹ *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, ch. IX. Pléiade, II, pág. 119.

¹²² CASTEL, P.: *L'optique des couleurs*, fondée sur les simples observations, et tournée surtout à la pratique de la Peinture, de la Teinture et des autres Arts colorantes, pág. 411, París, 1746. Citado por BACHELARD, G., «La formación del espíritu científico», *op. cit.*, pág. 49.

¹²³ Sobre las limitaciones intrínsecas que el método experimental llevaba en su seno y que origina un equívoco «que perdura en todas las profesiones de fe positivistas del XVIII», derivado de la afirmación a ultranza de los hechos como única fuente de verdad, y sobre si se trataba de escapar a los inconvenientes teológicos de la ciencia deductiva cartesiana, o bien se trataba de marcar, de forma prudente, la independencia del espíritu científico frente a toda metafísica religiosa, ver EHRARD, H., *L'idée de Nature en France dans la première moitié du XVIIIè siècle*. 2 vol. S.E.V.P.E.N., vol. I, págs. 104-105, París, 1963.

andaba buscando vino a mí y durante veinte años he visto cómo mi obra empezaba, crecía, avanzaba y concluía»¹²⁴.

Ya en una carta que Bel le dirige alrededor de 1730¹²⁵ se plantea el problema de la diferencia entre la mera observación y la experiencia que controla científicamente la hipótesis. Una cosa es la invención producto del azar y otra es la invención científica producto de un proceso altamente regulado.

En definitiva, parece evidente que, como ya se dijo, hay en la obra de Montesquieu lo que Díez del Corral ha definido como «un progreso en el método»¹²⁶, que le lleva a un desplazamiento sucesivo hacia un eje causal que sirva de pivote para desentrañar la oscura realidad; desplazamiento que suponía la sustitución de la noción de «causa» cartesiana por «ley» en sentido newtoniano. Montesquieu no es, pues, un simple recopilador de datos y observaciones, sino un auténtico investigador que, a pesar de ciertas ambigüedades, tiene tras de sí, como ya observó Comte, toda la tradición científica de Descartes, Galileo, Newton¹²⁷, y ello se hace evidente al comparar su obra con la de Maquiavelo¹²⁸. Aun con todos los puntos comunes que puedan existir entre ambos, el quehacer de Montesquieu resulta determinado y es impensable sin la actividad científica y el trabajo naturalista que marca su desarrollo intelectual.

Lo que constituye la gran originalidad de Montesquieu, según Masson¹²⁹, es precisamente su documentación y su método. Su método le lleva a realizar una encuesta general sobre el mundo, en la que recoge todos los datos procedentes de los más diversos campos: lecturas, viajes, conversaciones, todo vale en principio, pero para ser depurado después a través de un hilo conductor que encontró Montesquieu al aplicar a las cuestiones políticas y sociales los métodos de investigación científica. Del mismo modo que la observación de los fenómenos físicos conducía al descubrimiento de las leyes de la naturaleza, la acumulación de observaciones sobre las costumbres y las leyes de los distintos pueblos y de las distintas épocas, permitiría encontrar «el encadenamiento de causas», la ley de las leyes humanas, «l'esprit général»:

«Je n'ai point pris la plume pour enseigner les lois —anota Montesquieu— mais la manière de les enseigner. Aussi n'ai-je point traité des lois, mais de l'esprit des lois»¹³⁰.

Shackleton ha insistido igualmente en una valoración positiva de la metodología de Montesquieu; éste ha realizado un trabajo paciente y solitario de recogida de documentación, de experiencias y experimentos directos, y aunque a veces recoge

¹²⁴ *Esprit des Lois*. Préface. Pléiade, II, pág. 229.

¹²⁵ «J. J. Bel à Montesquieu» (1730?). a *Correspondance*. 229. Gébélin, *op. cit.*, págs. 284-289.

¹²⁶ Díez del Corral, L.: «La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo», *op. cit.*, pág. 425.

¹²⁷ Comte, A.: *Cours de philosophie positive*. Leçon 47. «Appréciation sommaire des principales tentatives philosophiques entreprises jusqu'ici pour constituer la science sociales». Bachelier, 5 vols., vol. IV, pág. 244. París, 1839.

¹²⁸ Bertiére, M.: *Montesquieu, lecteur de Machiavel*. Actes du Congrès Montesquieu, *op. cit.*, pág. 142.

¹²⁹ Masson, A.: *Introduction*, I. *Les recueils de notes de Montesquieu. Oeuvres complètes de Montesquieu*. Nagel, II, pág. XXI.

¹³⁰ *Dossier de l'Esprit des Lois*. 398. Pléiade, II, pág. 1102-1103.

hechos para justificar posteriores asertos, ha partido de la negación de arquetipos o modelos apriorísticos en la preparación de su «Esprit des Lois» y ha aplicado con todo rigor por vez primera un método histórico y no simplemente descriptivo en su estudio de la evolución del sistema feudal. Investigador riguroso y crítico erudito y acertado de textos donde se habían estrellado muchos especialistas es el juicio que le merece al excelente biógrafo inglés la obra final de Montesquieu ¹³¹.

Se puede señalar, como hace Beyer ¹³², que en la obra del barón de La Brède confluyen tres aspectos metódicos distintos: el geométrico o lógico, de procedencia cartesiana; el experimental o newtoniano, que relaciona los hechos particulares con los principios generales y, finalmente, un aspecto histórico o genético. Pero, desde la perspectiva adoptada en estas páginas, habría que subrayar que no se trata de una yuxtaposición desordenada de influencias, sino que los tres aspectos metódicos están interrelacionados en «Esprit des Lois» para dar cuenta de una cierta coherencia de lo real. Ya se ha señalado sobradamente cómo Montesquieu desborda la órbita cartesiana, no sólo porque Descartes negara que el conocimiento científico —lo que equivalía en su contexto a un conocimiento fundamentalmente basado en la geometrización del universo— pudiera aplicarse a la compleja realidad de los fenómenos sociales y políticos, sino porque Montesquieu propone un método de experimentación inspirado en la obra newtoniana que le acerca a los tanteos que en el campo de las ciencias de la vida realizan naturalistas como Buffon o Maupertuis.

Desde el momento en que se parte de una imagen de la naturaleza que, por así decir, en algún momento «comenzó a andar»; de una naturaleza que, como se vio, podía conceptualizarse como una maquinaria que en algún momento tuvo su «hora cero»; desde el momento en que, aun con ciertas tensiones, la naturaleza humana se concebía desde un punto de vista científico como una parcela de la naturaleza total; la búsqueda de ese origen u «hora cero» implicaba la necesidad, como ya se dijo, de un método genético que combinara tal creencia racionalista con la necesidad «newtoniana» de llegar al origen a través de los fenómenos mismos; en el caso del mundo humano, forzosamente a través de la investigación histórica. Aquí radicaría, a mi parecer, la penetración y originalidad de la obra de Montesquieu en el marco metodológico de su época, forzando, como ya se indicó, y dentro de unos ciertos determinantes materiales e ideológicos el «campo de lo posible» de su época.

Su paso o su evolución desde unas leyes cartesianas a otras newtonianas, combinando racionalismo y experiencia, naturaleza e historia, está estrechamente unido por tanto al avance progresivo de una epistemología científica. La afirmación de Althusser de que tal evolución se liga a una elección política que rechaza el racionalismo progresivo de Hobbes o de Spinoza por revolucionario, aun teniendo el atractivo de toda explicación totalizadora, está todavía por demostrar. El «parti pris» que en este sentido Althusser atribuye a Montesquieu ¹³³ parece por lo menos no probado, pues al margen de las preferencias políticas conscientes de nuestro autor, el

¹³¹ SHACKLETON, R.: «Montesquieu...», *op. cit.*, págs. 229, 234 y 333-335.

¹³² BEYER, Ch.: «Montesquieu et l'esprit cartésien», en *Actes du Congrès Montesquieu. Op. cit.*, págs. 171-172.

¹³³ ALTHUSSER, L.: *Montesquieu, la política y la historia*. Ciencia Nueva, págs. 23-25, Madrid, 1968.

hecho es que su obra forma parte de una avanzada tradición científica, de la que ni mucho menos está ausente la huella de Hobbes y de Spinoza. Es obvio que ciencia y política están inseparablemente unidas, como por lo demás todos los sectores de la realidad social de los hombres están fuertemente interrelacionados, pero lo importante sería verificar las *mediaciones concretas* entre un sector y otro que, lejos de ser claras o reflejos mecánicos unas de otras, son complicadas y opacas y, sobre todo, a veces, tan ambiguas como la propia realidad.

En cualquier caso, desde el punto de vista metodológico, la actitud de Montesquieu es partir de un método científico que pasa por un doble movimiento de hipótesis y experiencias comprobadas: el de la creación de unos principios extraídos por la razón a partir de la observación de ciertos hechos, y el de la verificación por la aplicación es esos principios al conjunto de tales hechos. Sin duda, señala Barrière ¹³⁴ al analizar el que también califica como método genético en Montesquieu, hay bastante ilusión en esa declaración del presidente que afirma derivar sus principios «de la naturaleza de las cosas» exclusivamente y no de sus prejuicios ¹³⁵; los hechos humanos pasan siempre por la interpretación personal y subjetiva, pero Montesquieu da el primer paso para que, a pesar de la problemática, que todavía nos ocupa hoy en día sobre la supuesta neutralidad axiológica en las ciencias sociales, el campo de lo humano no sea considerado ya el reino del azar o del desorden, como era para sus contemporáneos, sino uno de los sectores susceptibles de investigación científica. La naturaleza humana puede ser investigada como la naturaleza física, ese es el primer paso hacia un conocimiento que pretende ser riguroso de la realidad social y política. Y es lógico que en este primer paso se aplique la metodología que se ha desvelado como instrumento de conocimiento en la realidad física, aun cuando, al tiempo, se intente sobrepasarla ante sus evidentes insuficiencias.

MARÍA DEL CARMEN IGLESIAS
Universidad Complutense
MADRID

¹³⁴ BARRIÈRE, P. «Un grand provincial... Montesquieu...», *op. cit.*, pág. 291.

¹³⁵ *Esprit des Lois*. Préface. Pléiade, II, pág. 229.